

Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Núm. 39 Vol. III
Enero-Diciembre 2012

Letras



UANL[®]



Dr. Jesús Áncer Rodríguez
Rector

Ing. Rogelio G. Garza Rivera
Secretario General

Dr. Ubaldo Ortiz Méndez
Secretario Académico

Lic. Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Dr. Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Lic. Alfonso Rangel Guerra
Director del Centro de Estudios Humanísticos
Editor responsable

Mtro. Francisco Ruiz Solís
Corrección de estilo y cuidado editorial

Lic. Juan José Muñoz Mendoza
Diseño

Lic. Adriana López Montemayor
Circulación y administración

Humanitas, Año 39, N° 39, Vol. III. *Letras*. Enero-Diciembre 2012. Fecha de publicación: 22 de noviembre de 2013. Revista anual, editada y publicada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Domicilio de la publicación: Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías, piso 1º, Av. Alfonso Reyes, No. 4000 Nte., Col. Regina, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64440. Tel. + 52 81 83294000 ext. 6533. Fax: +52 81 83 29 40 00 ext. 6556. Impresa por la Imprenta Universitaria, Ciudad Universitaria s/n, C.P. 66451, San Nicolás de los Garza, Nuevo León, México. Fecha de terminación de impresión 15 de noviembre de 2013.

Tiraje: 500 ejemplares.

Número de Reserva de Derechos al uso exclusivo del título *Humanitas* otorgada por el Instituto Nacional del Derecho de Autor: 04-2009-091012392000-102, de fecha 10 de Septiembre de 2009. Número de certificado de licitud de título y contenido: 14,909, de fecha 16 de agosto de 2010, concedido ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. ISSN: 2007-1620. Registro de marca ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial: 1,169,990.

Las opiniones y contenidos expresados en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores.
Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier forma o medio, del contenido editorial de este número.

HUMANITAS

ANUARIO

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Director Fundador

Agustín Basave Fernández del Valle

Director

Alfonso Rangel Guerra

Jefe de la Sección de Filosofía

Cuauhtémoc Cantú García

Jefe de la Sección de Letras

Alma Silvia Rodríguez Pérez

Jefe de la Sección de Ciencias Sociales

Ricardo Villarreal Arrambide

Jefe de la Sección de Historia

Israel Cavazos Garza

ANUARIO
HUMANITAS 2012

Letras

Alma Silvia Rodríguez Pérez
Coeditora

El México azul del duque Job

Luis Rublío *

*Con el recuerdo de pasadas glorias
puede hacerse un buen caldo de memorias.*

Manuel Gutiérrez Nájera, *Cosas del Mundo*, 1887.

Crítico precoz

EL RETRATO DE UN NIÑO ELEGANTE, SERIO Y CASI SOLEMNE, con su brazo derecho en descanso sobre un gran libro de gruesas tapas y un broche, en el ambiente de una sala rica en tapices: en el muro, con papel moiré; en la mesita de centro, con un paño labrado; en la silla, con brocados en respaldo y asiento en un taburetito de piso, con el recubrimiento de terciopelo. Y también hay una consola francesa, según su ornamentación rococó, encima de la cual se ven otros dos libros, uno muy grueso sobre el otro no tanto. Ese niño es Manuel Gutiérrez Nájera y ya se le ve poeta, porque en verdad se ejercitaba para sí en la literatura con absoluta conciencia.

Para 1872, fecha aproximada del retrato, iba camino a sus trece años y ya conocía el teatro, ensayaba escritura de versos inspirado en los clásicos españoles y franceses, especialmente místicos; y aunque no acudiera a escuela alguna, su claro talento y pronto

*Instituto Mexicano de Cultura.

despertar lo hicieron aprender latín, bajos los cuidados del presbítero Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, quien luego a ser Arzobispo de México; y estudiaba francés, gracias a Don Ángel Groso. Sus padres mismos, don Manuel Gutiérrez y doña Dolores Nájera fueron sus mentores en primeras letras y letras castellanas; la vocación la heredó del padre, quien a su vez fue periodista; y su pasión fue temprana. Trece años, y a esa edad comenzó a trabajar para el periódico La Iberia, dirigido por don Anselmo de la Portilla; y ya tenía apuntes de versos que entregó a prensas después.

Este retrato lo dio a conocer el poeta nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez en un precioso libro-catálogo llamado Exposición documental de Manuel Gutiérrez Nájera. 1859-1959, elaborado con motivo del centenario de natalicio del personaje.¹

También, no obstante, el propio escritor, ya en serio ya en broma, o con su excelente buen humor y en uso de sus cualidades de cronista o poeta, hizo autorretrato y alude a su precocidad. Lecturas, lecturas y más lecturas; auxilios a su padre periodista, cuando éste redactaba el periódico *El Propagador industrial*, en tanto el mismo chico aprendía a escribir escribiendo; y dice a propósito de una crónica, ya joven maduro:

“...yo, cronista desde niño, estaba ya traqueteando por los saltos del cerro de Thespis; en él regresaba de la vendimia amorosa y me servía de coro Le roman comique...”²

Asimismo, por mero juego de adulto, hacia 1891 publicó un jocoso poema, al que denominó precisamente Autobiografía; por cierto, dicho poema no cuenta en las poesías completas, editadas en dos volúmenes, pues siempre resulta el mismo problema, sobre todo cuando se estudia a escritores prolíficos. Pero leamos una estrofa por la cual revela su precocidad, si, literaria, pero también al parecer en todo asunto:

¹Ernesto Mejía Sánchez, *Exposición documental de Manuel Gutiérrez Nájera. 1859-1959*, nota introductiva de Francisco Monterde, México, UNAM, Biblioteca Nacional, 1959, 53 pls., 64 ilus., ver ilus. N6.

²M. Gutiérrez Nájera, *Cuentos, crónicas y ensayos*, pról. y selec. por Alfredo Maillefert, ilus. de Julio Prieto, México, UNAM, 1940, XXVIII-172P, TEXTO INT. “Impresiones y recuerdos de Federico Gamboa”, pp. 133-142, data de 27 de agosto de 1893.

“Desde que a la vida entré
toda la belleza me hechiza
todo lo grande admiré..
Recuerdo cuánto adoré
Los senos de mi nodriza.
Dicen que era muy bonito
De muchacho.. yo lo creo:
Todo aquel que de chiquito
es guapo, muy gordito
siempre de grande es feo.”³

Para el 4 de mayo de 1875, Gutiérrez Nájera, nuestro celeberrimo Duque Job, el seudónimo que usó, sólo contaba con quince años y asombró por su primera salida al campo quijotesco de las letras, pues lo que envió a la redacción del periódico El Porvenir fue un verdadero estudio, amplio y crítico, el que llamaron en la redacción Un soneto, porque el jovencísimo escritor trató eruditamente el asunto histórico del soneto No me mueve mi Dios para quererte; en tanto había leído cómo, en una junta del Liceo Hidalgo, en la que dio una conferencia, ni más ni menos, el doctor Gabino Barreda y fue ocasión para que públicamente se reconociera a San Francisco de Asís, “que nunca fue poeta, no pudiendo, por consiguiente, ser autor de la referida composición..”,⁴ dicho soneto clásico en castellano.

Varios escritores mexicanos han sido precoces; niños y adolescentes escritores, quienes comienzan con algún poema o cualquier lirismo en prosa. Gutiérrez Nájera comenzó demasiado niño, con una docta conferencia, en la que dijo expresiones como estas en el inicio:

³La Mtra. Irma Contreras García, autora de *Indagaciones sobre Gutiérrez Nájera*, 1957 y otros ensayos sobre el escritor me comunicó este poema. Posteriormente lo integró Fernando Tola de Habich en la antología *Poemas dispersos* de MGN, México, UNAM, 1988, 84p. 27–28, (Material de lectura, poesía moderna, núm. 143).

⁴Ver *Cuentos, crónicas y ensayos*, cit. p. 104.

“...al hablar del discurso del señor doctor don Gabino Barreda, se atribuye a San Francisco de Asís el bellissimo soneto de Teresa de Jesús A cristo crucificado, no puede menos que tomar la pluma para decir mi insignificante y pobre opinión, firmemente inclinada de parte de los críticos que sutentan pertenecer dicho soneto a la doctora mística Santa Teresa de Jesús (...) Ocurríome en seguida la circunstancia de no ser explícitos los devocionarios, todo tocante a la forma de referir este soneto a San Francisco Javier, pues si es cierto que en los más se expresa que lo “compuso,” también en algunos se consigna que lo decía diariamente. Yo también recito todos los días el Padre Nuestro y sin embargo, no soy el autor de la oración dominical”.⁵

¡Cuánta seguridad en el erudito chiquillo!

Con este tenor comenzó su obra, acentuada de inmediato con crónicas de teatro menos lúcidas, inteligentes, punzantes, irónicas; así, de sólo dieciséis años, pegó duro y aconsejó en 1876 cómo hacer buen teatro, nada menos que a don José Echegaray, quien años después, en 1908, recibió el Premio Nobel de Literatura.⁶ También quinceañero dio a conocer su poema A la Virgen María. ¿No es en verdad interesante?

Justamente dicho poema en 1875, 13 de diciembre, escrito en doce estrofas, lo preparó para un acto escolar, el de las Escuelas Gratuitas de la Sociedad Católica, en la distribución de premios a sus alumnos distinguidos. Sorprende el desarrollo intelectual de ese adolescente. Tal poema comienza.

“¡Oh Madre de mi Dios, Virgen Divina,

Aromática planta del Carmelo,

⁵ *Ibidem*, pp. 103 y 107.

⁶ No uno, sino varios dedicó Gutiérrez Nájera a Echegaray, pero este es el primero: “Un sol que nace y un sol que muere, de don José Echegaray”, data de 19 de agosto de 1876; ver *Crónicas y artículos sobre teatro*, t. I, Obras de..., vol. III—recoge textos de 1876 a 1880—, ed., introducción.. y notas de Alfonso Rangel Guerra, México, UNAM, 1974, XXVI-338p., ilus; este texto en pp. 9-12.

Lirio de Sión, Estrella peregrina,
Rosa de Jérico, Reina del Cielo,
Oye la voz del trovador oscuro
Que te viene a rendir óbolo santo!
Será su ofrenda un pensamiento puro.
Un himno a la verdad será su canto...”⁷

El México azul

“La lechuga vive en la Merced, la flor en San Cosme: lo que en los barrios del Oriente es canasta, es cesto en los del Poniente. Pronto, sin duda, México se unirá a Tacubaya, que lo espera como una novia espera al novio, con prendido de flores y con una rosa en el corpiño... “Puestas de Sol.”⁸

El amor del poeta, cuentista y cronista Manuel Gutiérrez Nájera por México, es un amor patriota. Quiso para su país cuanto imaginó de bueno, tuvo tal vez ensoñaciones, como matas para alcanzar un día sumados los recursos humanos y naturales, valores surgidos de aquí, pero no de espaldas a la existencia de la cultura universal, sino complemento de ésta; más lo mejor de esa misma cultura.

Vivió, sin quererlo, los años duros de la Reforma, del efímero Imperio de Maximiliano; y de la Restauración de la República, en 1867, apenas tenía ocho años, pero un espíritu tan despierto, el cual seguramente asimiló el ambiente de cuanto ocurrió desde su nacimiento.

Comenzó muy temprano sus tareas literarias, ya vimos, a los quince años más o menos, dueño de muchas lecturas y vivencias, así asombró a los medios literarios con páginas esperadas en un erudito sabihondo y no en un muchacho imberbe. Sintió, si, el encuentro trágico pero real entre México y Francia; bebió pronto,

⁷ Ver sus *Poesías completas*, 2 vols., edición y pról. de Francisco González Guerrero, se agrega el prólogo a las *Poesías* de MGN, escrito por Justo Sierra, México, Edit. Porrúa, 1953, t. I—XLVIII—290 p.; t. II—333 p.; ver t. I, p. 5.

⁸ En su crónica “Puesta de sol” ver *Cuentos, crónicas y ensayos* cit., p. 87.

muy pronto, las fuentes fundamentales y clásicas de ambos pueblos y de su castellano materno; así, pudo él mismo establecer líneas paralelas coordinadas y yuxtapuestas; quiero decir: conoció cómo México podía aspirar a mucho y lo pintó según lo contempló y avizó una vez un futuro, el que resultó a plazo corto, mediano y largo. No hay más que leer sus crónicas, deliciosas como irónicas y certeras, sus cuentos plenos de imágenes, las que le fueron familiares, y sus poemas, unos descriptivos y otros sugerentes, para reconocer al propio Gutiérrez Nájera, el escritor deseoso de contribuir al avance de México.

Su célebre “afrancesamiento” es un resultado de la vida mexicana particularmente dicha, en su etapa de formación, la cual se dio dentro de su propio hogar, completado con cuanto vio él mismo en las calles de su domicilio. Desde adolescente casi, votó por ser un dandy, y lo fue totalmente, y ya hecho un joven madurado, llegó a exclamar en uno de sus escritos: “Mi nacionalismo acaba donde empieza el pulque”.⁹

Y prefirió gozar, de lejos, los paseos de Santa Anita y mejor leer acerca de ello lo escrito por Ignacio Manuel Altamirano o Guillermo Prieto. Ir hacia Peralvillo y sus llanuras le parecía como “asistir a su propio entierro”¹⁰ Buscó entonces lo azul, lo más azul de la vida capitalina y también lo intensamente azul en la vida del campo ¡y encontró bastantes circunstancias, cuadros de costumbres y no precisamente el costumbrismo popular; hondas razones para tomarse en cuenta! Así escribió tantas páginas que parece mentira, cómo a más de cien años de su muerte y pese a la edición de gruesos volúmenes, cómo a más de cien años de su muerte y pese a la edición de gruesos volúmenes, todos post mortem y faltan textos suyos por recoger.

⁹ De repente el *Duque Job*, ¿por Duque?, tiene estas frases. Otra, por ej. “¿qué hacen para evitar esta mezcla híbrida de pulque con wisky?...”, cuando censura anglicismos en nuestra cultura, sin embargo él fue señalado –no en blade– por “galicista mental”. Con todo hay en su obra un sano nacionalismo. Cfr, “manía de hablar inglés”, firmado seud. Junius, en *La Libertad*, año VI, n. 40, México, 23 de febrero de 1883, p. 1.

¹⁰ En sus *Cuentos frágiles*, 1883, cito esta edición: MGN, *Cuentos y cuaremas del Duque Job*, intr.. de Francisco Monterde, México. Edit. Porrúa, 1963, XIV–355 p., cuento “En la calle”, pp. 50–51, (Col. “Sepan cuantos...”, núm. 19).

Contemporáneo de él, aunque mayor y mucho, Casimiro Castro, el litógrafo y pintor por excelencia en México, floreciente junto con Gutiérrez Nájera, dejó ilustraciones que completan por así decirlo, y con gran precisión las crónicas de quien se firmara como Duque Job. Quiero recordar aquella litografía, la que acentúa en modo definitivo ese color azul, del México en el que vivieron los dos. Representa una plazuela, la de Guardiola, a la izquierda, precisamente el Palacio de los Marqueses de Guardiola, a la izquierda, precisamente el Palacio de los Marqueses de Guardiola, más adelante demolido; en el centro, la estatua del generalísimo Morelos, que mandara hacer el Emperador Maximiliano; y en el arranque de la calle virreinal de San Francisco y de los Plateros, el Palacio de los Condes de Orizaba, mejor conocido como “de los Azulejos”, luego las casonas, otros palacios y edificios de la famosa rúa mexicana y al fondo, una de las torres de la iglesia- Casa Profesa, a la que asistió siempre como fiel. Gutiérrez Nájera, el Duque Job, y luego tanto describiera en cuentos, novelas, crónicas y poemas. En primer plano, la “gente mexicana”, pisando la alfombra del empedrado; mujeres y hombres, niños y viejos, pobres y ricos, a pie y a caballo o en diligencias y carruajes; un caballero vestido como un dandy, junto a dos charros; y por si fuera poco, al extremo derecho, dos militares, uno de los zuavos imperialista y un chinaco, tan del brazo como dos hermanos. Francia si consiguió desbordarse un poco en nuestras calles y campiñas. En un poema de nuestro personaje, intitulado “Francia y México”, de 1882, escribió estos versos, evocadores, asimismo, de este cuadro de Casimiro Castro.

“¡Ya no hay césares, Francia en el palacio
ni planta de invasor en nuestra tierra!..”¹¹

Este es sólo un ejemplo. Así podríamos ilustrar textos y cuadros de los dos artistas y encontraríamos coincidencias notables.

En 1888, el joven escritor se casó en la capilla privada del

¹¹ Ver *Poesías completas*, cit. I, pp. 289.

Arzobispo de México, don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, con la hermosa joven, muy hermosa deveras, Cecilia Maillefert; a ella consagró varios poemas y ella cristalizó los sueños románticos de su poeta, incluso la imagen de aquella “Duquesa Job” de su ilusión, aunque no es precisamente la inspiradora del poema ese, inevitable de reproducir, por lo menos un fragmento:

“Desde las puertas de La Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
no hay española, yanqui o francesa,
ni más bonita ni más traviesa
que la duquesa de Duque Job...”¹²

Hacia 1884, fecha del poema, el Jockey Club tenía su sede en el Palacio de los Azulejos y La Sorpresa era una tienda de modas femeninas. En este Poema, los historiadores y críticos de la literatura mexicana han querido ver el inicio virtual del “Modernismo” literario, como en otras de sus páginas la continuación del “romanticismo” mexicano. Romántico tardío o precursor del modernismo, Gutiérrez Nájera por encima de etiquetas es poeta romántico y moderno, pero el gran poeta aun en prosa, finisecular del siglo XIX ¹³ El Duque Job, nacido en la ciudad de México el 22 de diciembre de 1859 murió en la misma el 3 de febrero de 1895.

Los paseos del duque Job

Bien hizo Diego Rivera en imaginar tan vivamente a nuestro Duque Job de paseo por la Alameda de la Ciudad de México, vestido con su elegante levitón negro, su chaleco cruzado, una gran corbata con

¹² *Ibidem*, t. II, p. 18–21.

¹³ Estudio importante el de José Emilio Pacheco, ver: *La poesía mexicana del siglo XIX*, (antología), notas, selección, estudio y resumen cronológico de..., México, Empresas Editoriales, 1965, 538p. 415–418.

el cuello de *palomita*; sí, y tan atento: saluda cuando toma con la mano el ala de su chistera, para descubrirse ante dos damas que pasan, tal vez la pose nos sugiere un delicioso piropo, tan perfumado como la blanca gardenia que el personaje lleva en el ojal; y en extremo hace lo propio el también poeta Pepe Martí, los románticos más románticos de una época pacífica, por fin, para México; aunque para el cubano, añoranzas e inquietudes libertarias, le rodean a la sazón la calma.

La Alameda, paseo de todas las generaciones de mexicanos a partir de los años del virreinato hasta nuestros días “del tercer milenio”. Pero la transparencia ambiental de los tiempos del Duque Job haría el milagro visual de intensos coloridos por lo menos el mural de Diego Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central (1947-19489), hecho para el desaparecido Hotel del Prado y ahora trasladado a otro edificio. Museo especial para tan excelsa pintura, en el ambiente mismo del parque, es de las composiciones pictóricas más complejas y hermosas que dejara el artista. Contiene en su amplísima extensión, cuadros de la vida mexicana en los siglos de la historia, sin orden pero perfectamente identificables los personajes que la enriquecen en todo aspecto. Justo en el centro, se halla este notable detalle: Gutiérrez Nájera y José Martí, entre globeros, vendedores de dulces, algunos artesanales; frondas de árboles y muchedumbre de transeúntes. Pueden observarse aún distintas etnias integrantes del gran pueblo, junto a los próceres de todos los tiempos.

En otra de sus crónicas que yo recuerde, La Alameda Central era para el Duque una de las cinco maravillas de la capital y a bien seguro de cerca o de lejos, podía estar presente en una exquisita Novela del tranvía y en varios de sus muchos cuentos. Uno de sus paseos ciudadanos ¹⁴

¹⁴ *La novela del tranvía*, un cuento de los más celebrados del escritor, el que fue publicado varias veces durante su vida; él mismo lo eligió para integrar su libro *Cuentos frágiles*, 1883; a más de cien años dio título a una de sus antologías narrativas, ver: *La Novela del tranvía y otros cuentos*, México, SEP/FCE, 1984, 166pp. El cuento en p. 158–164.

Otro, parte aun de su alma, fue Chapultepec y el ruido de sus manantiales, el rumor de sus frondas añejas, de la multitud de pájaros cantores. Dice en aquel breve y encantador cuentecillo “Cita en Chapultepec”, esta confesión: “Acostumbro en las mañanas a pasearme por las calzadas de los alrededores y por el bosque de Chapultepec, el sitio predilecto de los enamorado...”¹⁵

Podemos seguir a Gutiérrez Nájera, el Duque Job, con la mirada del espíritu pero guiados por sus propias palabras, desde que algún sábado o domingo salía de su casa, digamos ubicada en la ahora calla Brasil (entonces Sepulcros de Santo Domingo), camino hacia el Zócalo y de ahí por la calle de Plateros y San Francisco (hoy madero), pasando por la esquina de la Casa Profesa; llegar a San Juan de Letrán y atravesar la Alameda en eterna fascinación por sus árboles y jardines, estatuas, fuentes y callejas; íbase por la calle del Ejido –hoy Avenida Juárez-, llegaba al Paseo Nuevo, de Bucareli, contemplaba la estatua ecuestre de Carlos IV, “El Caballito” obra de Manuel Tolsá, refunfuñaba para sí contra la Plaza de Toros ubicada en donde se encuentra ahora el edificio de la Lotería Nacional, porque le disgustaban las corridas de toros y sarcásticamente decía que por cada función de éstas, le gustaría que el toro se llevara la tarde, las palmas y el triunfo total, aunque empitonara al torero: “No se me oculta -escribió cierta vez-, que al expresar estas ideas, me pongo en abierta pugna con la opinión pública..”¹⁶

Después, paso a pasito, iba por la Calzada de la Reforma, el otrora Paseo de la Emperatriz (y ahora el hermoso Paseo de la Reforma). Y así describió una de sus andanzas por ese lugar rumbo a Chapultepec, desde la Alameda.

“México parece como irse desprendiendo y alejando del lugar en donde lo dejaron los conquistadores. Va para allá en donde presume, y con justicia, que debió haber sido su asiento. Y rumbo al Poniente, la flor parece más hermosa, como vestida de paseo; el agua salta en chorros límpidos, como diciendo al aire que se muere de calor: ¡toma

¹⁵ *Cuentos y cuaresmas*, cit., p. 214, Texto de 1882.

¹⁶ Como contra el pulque, contra los toros; pero aun así escribió excelentes crónicas taurinas. Ver, “Los toros de noche”, texto de 1887, *Cuentos, crónicas y ensayos* cit. pp. 89–94.

refrescante! La calle es más amplia significando que es el cauce para un río humano ya más caudaloso; atrás se quedan los callejones tortuosos, los que hicieron para los retablos, para los asaltos nocturnos, los que parecen embozados... ¡Cómo brotan casas en esa Calzada de la Reforma! ¡Cómo brotan cosas en esa Calzada de la Reforma! ¡Cómo va dejando la ciudad a los pobres, parecida a la dama elegante que percibe un olor y recoge su falda de seda y sale aprisa de la iglesia!..”¹⁷

¿Cómo percibió Gutiérrez Nájera que esto sucedería a la ciudad de México? Ya vemos que atinó. En efecto, la vieja Ciudad de los Palacios se fue recorriendo primero hacia el Poniente y después se extendió por todos lados y los mexicanos se reprodujeron de tal modo que formaron caudalósísimos ríos humanos. Observaciones de paseos.

Los apuntes del cronista son retratos de pueblos, villas, ciudades, caminos, bosques, campiñas, haciendas, montes, lagos, etc. Avuelapluma señaló estas notas suyas, de otros paseos del interior: Guadalajara fue para el antañona y clásica ciudad de capa y espada: “Ya la había visto en los romances de Zorrilla: por aquí pasó el Don Juan fanfarrón”¹⁸ De la Angelopolis: “Puebla es simplemente monástica. Es un confesor...”;¹⁹ y de Morelia: “...habrá otras ciudades más bellas; pero no conozco ninguna más simpática...”²⁰ Donde la vista del duque Job posó, el instante quedó fijo en sus escritos; personas y paisajes redivivos literalmente.

En el teatro con Monsieur Can Can

Cuarenta, sí, cuarenta seudónimos usó para firmar sus trabajos Manuel Gutiérrez Nájera.²¹ Uno de ellos *Monsieur Can Can*, expresa

¹⁷ *Ibidem*, “Puestas de sol”, pp. 85–86.

¹⁸ *Ibidem*, “Guadalajara”, p. 151 y ss.

¹⁹ *Ibidem*, p. 152.

²⁰ *Ibidem*, “Morelia”, p. 156 y ss.

²¹ Aún más de cuarenta, *cfr.*, el impresionante libro enciclopédico de María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo, *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, México, UNAM–Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2000, LVIII–917p. “Gutiérrez Nájera”, pp. 370–374.

con elocuencia su mirada hacia Francia; sin embargo, tal postura del escritor no simboliza para nada ni afrancesamiento ni extranjerismo ninguno exacerbado. Algo más trascendente, bastante: una apertura de puertas para la literatura, por la que pudiesen los mexicanos tanto recibir como ofrecer. Con el paso de algunos años más, cuando él mismo no vivía ya, todo pudo comprobarse con no pocos autores; y no sólo mexicanos, pero prácticamente de todos los pueblos hispanoamericanos y, de repente, la misma España, por como hace a cómo lo siguieron o su gusto fue, paralelo a otros similares durante la época. Bajo el sello de *Modernismo*, voces refrescantes surgieron con fuerza y consiguieron imponer para la literatura del mundo exclamaciones de presencia, por supuesto, cuando un arte se impuso. Francia tuvo una época dorada, según la alcanzó España y también Alemania; y si el mismísimo Moliere se impactó, como antes ocurrió con Corneille por el teatro castizo creado por nuestro Juan Ruiz de Alarcón, capaz de influir para recrear la comedia mucho más allá de su tiempo; es así como se han sucedido los grados evolutivos de las bellas artes en la historia humana.

Sucedieron a Gutiérrez Nájera *el Duque Job* o *Mosieur Can Can*, escritores tan interesantes como Carlos Díaz Dufoo, Rubén Darío, Amado Nervo, etc. Poeta, cronista, ensayista, cuentista, novelista, su vida casi la pasó en el teatro, lo tengo dicho; y el citado seudónimo fue una firma constante al alcance de sus crónicas y críticas de teatro. Por eso mismo *Monsieur Can Can* será nuestro acompañante en preciosas aventuras en el pasado del teatro, tanto según leamos sus páginas.

Tengo, tenemos delante, por ejemplo, otro cuadro litográfico más de Casimiro Castro, tan seductor por su obra plástica, como lo son a nuestro espíritu nacionalista los textos de Guillermo Prieto, de Manuel Payno o de Gutiérrez Nájera, por cuanto todos ellos fueron capaces de transmitir por generaciones, no algo ya pasado o remoto, sino raíces entrañables que se suman a lo mejor que ahora mismo poseemos; y si también somos igual que ellos, profundizaremos en savias ricas para continuar la grandeza de nuestra cultura patria.

Este cuadro ilustra exactamente tales crónicas, esas críticas de

teatro, redactadas por *Monsieur Can Can*, en tanto el litógrafo cubrió buena parte de la vida cotidiana de México, mientras transcurrió la vida floreciente del escritor, activo desde adolescente. Veamos en el mismo, el interior del teatro Iturbide inaugurado desde febrero de 1856; y ya en las mismas postrimerías del siglo XIX, fue convertido en Palacio Legislativo y ahora es la sede de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal. El espectador del cuadro coloreado, de inmediato, se ubica precisamente en el centro y al fondo en un segundo nivel; de modo que se contemplan la mayor parte de los palcos a izquierda y derecha, más lunetas y plateas, todos llenísimos de un público atento, con excepción de una joven vestida de azul, quien sostiene en sus manos un ramillete de pálidas rosas y parece mirar a quien dibuja y aprisiona al momento; ¿será la *Duquesita Job*? Lo más seguro es que no, pero bien podría haberlo sido porque cierta vez dijo *Monsieur*: “A ese palco iba mi primera novia...”²² En el escenario se representaba una obra, a bien seguro escena de Isabel la Católica, el drama en tres actos de Tomás Rodríguez, quien destacó la actuación de la diva española Matilde Díez. El teatro fue hermosísimo, según sabemos, fabricado bajo la influencia *manierista* integrada por gustos bizantinos, góticos y renacentistas de “gran efecto”; telón y plateas resultaron innovaciones para el público mexicano: el primero produjo expectación adicional; las segundas, seguridad al público verdaderamente amante del teatro y de la ópera. ¡El gusto que se dio Gutiérrez Nájera o *Monsieur Can Can*!

Ya aludí a su pronta afición por asistir al teatro y dar cuenta pormenorizada de cuanto miraba cada vez que iba. Prácticamente se la pasaba en el teatro, de foro en foro y de camerino en camerino. En sus cuadros literarios abundan las obras dramáticas que vio, procedentes de distintas fuentes: literatura española, francesa, italiana, portuguesa, alemana, inglesa, etc.; todos los géneros: comedia, drama, tragedia; el teatro propiamente dicho, pero además la ópera y también la zarzuela, aunque dijo: “Declaro solemnemente

²² *Crónicas y artículos sobre teatro*, ver t. III, “Recuerdos del teatro”, p. 254.

que la zarzuela no me entusiasma”.²³ Entrevistas y retratos de autores de actrices, de actores –damas jóvenes, galanes y de ‘carácter’, cómicos–; cantantes de todas las tesituras de voces; intérpretes, músicos de piano, de violín, etc. Y, a un tiempo, jamás escapó a hacer crónicas de algo más, respecto de épocas, temporales, vida citadina, asuntos políticos. Y más, se atrevió a censurar como aplaudir; a aconsejar, incluso, a los grandes escritores dramaturgos y a las señoras actrices, quienes pudieron resentirse.

Tenía –lo reitero por cuanto parece asombroso–, sólo dieciséis años cuando, el 19 de agosto de 1876, publicó una crítica aun cuando una vez se diga resultó calca sobre la comedia nada menos de José Echegaray, a quien pareció todo mundo, juzga ahora mismo mal, aunque adquirió, el primero en lengua española (1908), el Premio Nobel de Literatura, su comedia, digo, titulada *Un sol que nace y un sol que muere*, puesta en el Teatro Principal de México; y le dijo esto el muchachuelo Gutiérrez Nájera:

“Echegaray no estuvo feliz en su asunto ni demostró acierto en su desarrollo: la versificación, lo repetimos, es irreprochable y hasta encantadora, más en tal alto grado puramente lírica, que debe presentarse de mal ejemplo para el escritor dramático del género cómico y realista, que es a los que nos parece pertenecer la comedia de Echegaray...”²⁴

Y antes, él mismo definió a la crítica de teatro, como instrumento educativo de masas y guía de autores como de toda gente de teatro; y se refería a los principiantes, cuando a su vez él principiaba. Genio y figura desde sus comienzos.

Pronto ocaso

El 3 de febrero de 1895, a las tres de la tarde comenzó un auténtico

²³ *Cfr.* Otro volumen consagrado a MGN: *Espectáculos*. Teatro, conciertos, ópera, operata y zarzuela. Tiendas y títeres. Circo y acrobacia. Deportes y toros. Gente y teatro. El público. La prensa. Organización y locales. Selección, introducción y notas de Elvira López Aparicio. Edición e índices, Ana Elena Díaz Alejo y Elvira López Aparicio, México, UNAM, 1985, 287 pp., ilus.; “La música de Offenbach”, p. 106.

²⁴ *Crónicas y artículos sobre teatro* cit., p. 11.

duelo en el ambiente de la Ciudad de México; y se esperaba, como el propio Gutiérrez Nájera lo esperaba desde su primera juventud.

Primero, el Día de Reyes – 6 de enero– escribió desde su recámara en la casa número 10 de la calle Sepulcros de Santo Domingo – repito, ahora llamada República de Brasil–, su última colaboración sobre una de sus pasiones: sí, el teatro; y el mismo día apareció su acostumbrada Crónica dominical en *El Universal* de aquellos tiempos, cuando encima sufría terrible gripe y sentía las dolencias de un tumor en su axila derecha. Decayó por debilitamiento, por intensos dolores cada vez más insoportables. Sus médicos decidieron operarlo de pronto, el día 20; y, su cuadro postoperatorio se agravó por abundante sangrado: ¡era hemofílico!; y llegó al fin. A su cabecera estuvo quien fuera igual de célebre paciente, un magnífico poeta: el sacerdote Joaquín Arcadio Pagaza –*Clearco Meonio*, entre los árcades de Roma– y, en esos momentos, su auxiliar espiritual.

La noticia del fallecimiento se divulgó rápidamente. Acudió a la casa mortuoria don Guillermo Prieto, especie de patriarca de las letras nacionales y junto a Cecilia Meillefert, la viuda, y sus hijas, Cecilia y Margarita, pequeñas, prácticamente presidió el sepelio. Gutiérrez Nájera fue sepultado el día 4 de febrero en el Panteón Francés de la Piedad, en medio de enorme cortejo. Sus compañeros del diario *El Partido Liberal*, del que era jefe de redacción, detuvieron la marcha para un homenaje público y en plena calle. Se veían escritores, artistas, los trabajadores de la imprenta, cajistas, formadores, voceadores, etc. Ángel de Campo, el también famoso *Micrós*; don Antonio de la Peña y Reyes, Carlos Díaz Dufoo, quien con Gutiérrez Nájera creó justamente la *Revista Azul*, verdadera iniciadora del *modernismo* literario; más don Manuel Larrañaga y Portugal e Ignacio Ojeda Verduzco, fueron los oradores y quienes escribieron las crónicas acerca de la muerte de un cronista.

Sabedores consecuentes de su mal congénito, entonces nos explicamos aquellas reiteradas palabras del escritor, quien esperó la muerte, en tanto sabía a su vez, cómo su vida pendía de un hilo; cosa, sin embargo, no declarada por sus biógrafos. Incluso, uno de ellos llegó incluso a decir: “...no hubiese querido ya el poeta que se

realizase aquel deseo de sus veinte años...”²⁵ ¡Es que no era un deseo ni un presentimiento según consideran otros! Sencillamente permaneció a la expectativa de la muerte que lo rondó siempre. Ahora sí, ya sabemos, además, el porqué de aquellas palabras reiteradas en sus crónicas y poemas. Escribió –precisamente cuando no contaba sino veinte años–, en 1880, acerca del Teatro Principal: “...me viste de niño con los ojos clavados en el escenario, me viste joven con los ojos clavados en los palcos, me verás viejo... no, probablemente no me verás de viejo...”²⁶

No se trataba de ninguna premonición, sino de un conocimiento acerca de sí mismo. En igual tenor, jovencísimo escribió un trabajo titulado “Mi último artículo”; y ahí se interrogaba “... ¿cuál será mi último artículo? La muerte vendrá a sorprenderme acaso cuando apenas haya trazado el título o las primeras líneas de un artículo cualquiera. ¿Cuál será?”²⁷

Y lo dicho en poemas tan conocidos. Por ejemplo, doy referencia de estos dos: en “Para entonces”, de 1887, exclamó:

“Quiero morir cuando decline el día (...)

Morir, y joven: antes que destruya

El tiempo aleve la gentil corona;

Cuando la vida dice aún: soy tuya,

Aunque sepamos bien que nos traiciona...”²⁸

Luego, en *Non omnis moriar*, el principio de un verso de las Odas de Horacio, fechado en 1893, Gutiérrez Nájera dijo:

²⁵ A. Maillfert, su prol. A *Cuentos, crónicas y ensayos* cit., p. XXVI.

²⁶ *Crónicas y artículos sobre teatro*, t. III cit., p. 253.

²⁷ *Cuentos, crónicas y ensayos* cit. (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 20), “Mi último artículo”, pp. 95–99, p. 96.

²⁸ *Poesías completas*, t. II, p. 109.

“¡No moriré del todo, amiga mía! (...)

Porque la existe la Santa Poesía

y en ella irradas tú, mientras disperso

átomo de mi ser esconda el verso

¡no moriré del todo, amiga mía!”²⁹

Treinta y cinco años apenas alcanzó de vida, los acababa de ajustar el 22 de diciembre anterior. Ciertamente muy joven; y, sin embargo, su breve existencia le alcanzó también para escribir tanto volúmenes de crónicas, especialmente; más cuentos y poemas; y es la hora, ya en el siglo XXI, cuando todavía no se integran a cabalidad los volúmenes que recojan su producción literaria, no obstante, los varios gruesos tomos publicados por la Universidad Nacional Autónoma de México y los esfuerzos de su benemérito Instituto de Investigaciones Filológicas, dentro del que hay todo un equipo; más los empeños otrora de Francisco González Guerrero por colectar su poesía completa; y todos sus cuentos y narraciones diversas, incluso una novela, labor heroica emprendida por Erwin K. Mapes. Este investigador norteamericano pudo integrar la bibliografía más completa, sobrepasa las dos mil fichas, pero entonces deducimos como el problema está en la gran cantidad de textos y sus variantes.³⁰

Asombra de qué modo Gutiérrez Nájera inició su vida literaria a diez años de edad; y comenzó a publicar ya a los quince. Pero más asombroso es cómo se inició un ensayo eruditísimo y crítico, acerca de la autoría del soneto “No me mueve mi Dios para quererte” —así haya sido el eco de texto análogo—, dentro de un debate, para concluir que lo más sensato debería ser atribuir el famoso poema a Santa Teresa de Ávila y no a San Francisco Javier ni a San Francisco de Asís, quien ¡jamás fue poeta!, eso dijo el niño en pecadillo infantil;

²⁹ *Ibidem*, pp. 249–250.

³⁰ *Cfr* MGN, *Obras*, vol. IX, *Periodismo y literatura. Artículos y ensayos. 1877–1849*, edición crítica, introducción, notas e índices de Ana Elena Díaz Alejo, México, UNAM, 2002, LXXXIII-495p. Ver “Nota del recopilador”, Erwin K. Mapes, advertencia editorial y “Claves bibliográficas”, pp. XIII-XLII.

y miremos bien en contra de quien estuvo: del Dr. Gabino Barreda. Su conclusión fue bastante razonable, para señalar mientras no se aclarara documentalmente el conflicto y cabía suponer a la santa aurora del soneto.

¿Cómo es que el ilustre maestro Alfonso Rangel Guerra no quiso creer la declaración de Gutiérrez Nájera, de cómo a los nueve años fue al teatro y así conoció a una famosa actriz de esa época?

Manuel Gutiérrez Nájera es uno de los escritores mexicanos precoces, con larga vida literaria; larga y extensa, pese a su corta existencia terrenal.

Escribió tanto y tan joven, antes de que ya no viera el día siguiente, de prisa y muy bien.